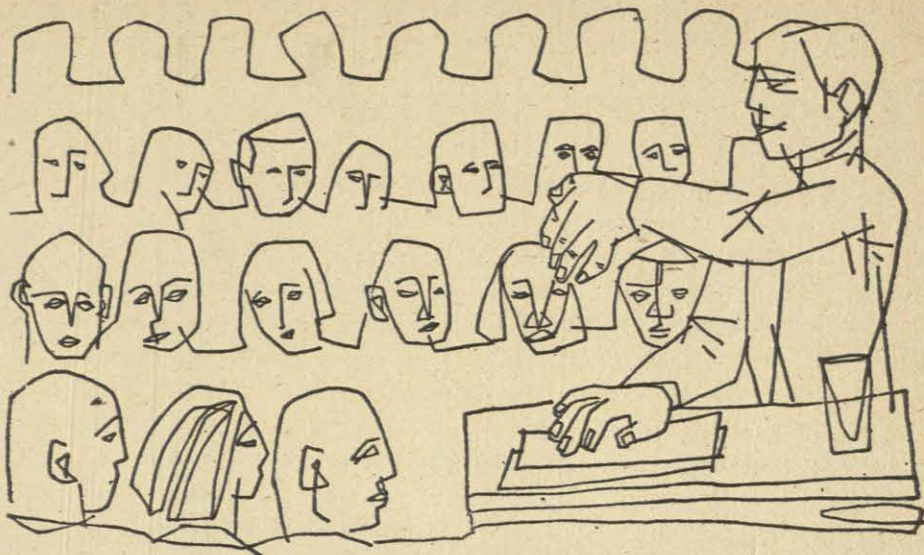


LO QUE SE DICE SOBRE EL EQUIPO DOMESTICO



Durante la Exposición se celebró un ciclo de conferencias sobre temas relacionados con el Equipo Doméstico. El texto de estas disertaciones, tan vario, ameno e interesante, se reproduce en las páginas de este número.

NECESIDAD DE LA BELLEZA EN LOS OBJETOS DE USO DIARIO

Miguel Fisac, Arquitecto

No sé si en el orden material-fisiológico nuestra posición es, como en el de la Gracia, de restauración o de perfeccionamiento; o sea, si Adán era un hombre perfecto desde el punto de vista físico o era un chimpancé distinguido. En cualquier caso, el medio, como muy sagazmente ha explicado el profesor Zubiri, es un factor esencial de la evolución. Si cogemos un pez e injertamos en el lomo sus ojos, obtenemos un monstruo, pero si un pez vive sobre un banco de arena el resultado—un lenguado—es una nueva forma animal. Nuestra vida actual tiene un medio que nos condiciona y participa de una manera esencial en nuestra evolución. Esta manera de vivir en nuestras ciudades puede conseguir que salte roto a pedazos nuestro sistema nervioso y que se llenen de enfermos mentales los sanatorios. Pero puede también producir un ser nuevo y repugnante, adaptado a toda esta monstruosidad y fealdad ambiente.

En un sentido esencialmente tomista existe una diferencia radical entre el bien y la hermosura, ya que el bien corresponde a una facultad apetitiva y la hermosura a una potencia cognoscitiva, pero no podemos olvidar la unidad de nuestra vida, que si científica o filosóficamente podemos dividir o analizar, tiene, sin embargo, una unidad absoluta y corremos el gravísimo peligro, heredado de generaciones anteriores, de hacer compartimentos estancos en cada una de las manifestaciones de nuestra vida y observar, por ejemplo, con toda complacencia una obra de arte prescindiendo en absoluto del horrendo ambiente de fealdad que le rodea; o sea, de juzgar y captar nuestros sentimientos por series. Ahora estamos en el momento de lo útil, después en el de lo bello. De esta forma nuestra vida no es más que una serie de compartimentos sin unidad y sin armonía. Schiller hizo observar que cuando algo deja de interesarnos como elemento vital, o, mejor

diríamos, como elemento útil, pasa en nuestra consideración a ser objeto estético. El quinqué, que era un cacharro útil en el siglo XIX, ha pasado en el nuestro a ser un objeto estético. No me extrañaría nada que dentro de unos años unos cordones eléctricos trenzados, cogidos con unos aisladores de porcelana y terminados en un portalámparas y una bombilla soplada a mano llegara a ser por los "decoradores" una especie de escultura espacial para salones elegantes.

Lo que indudablemente podría tener auténtica novedad en nuestro tiempo y una importancia insospechada sería conseguir una síntesis de nuestra vida y del medio que nos rodea; conseguir una jarra o un vaso que cumpliera con toda perfección la misión práctica que se le encomienda, pero que, de otra parte, tuviera una belleza, una expresividad plástica que cumpliera perfectamente también la misión necesaria de proporcionarnos un placer estético a la medida de nuestra necesidad humana. Se trata, en una palabra, de suprimir ese concepto, a mi manera de ver ridículo, de la decoración dentro del medio arquitectónico que nos rodea, para sustituirlo por verdadera arquitectura, que es sencillamente eso; solución de una necesidad humana elevada a arte, a belleza.

Cada vez estoy más convencido de que en la arquitectura, o se parte del hombre, o sea, o responde a una necesidad material y espiritual humana o no es arquitectura. Los grandes maestros de la arquitectura contemporánea nos han enseñado un gran repertorio de formas estéticas, pero creo que han dejado mucho en el tintero de las necesidades, de la utilidad práctica; en una palabra, de la funcionalidad auténtica que aquellas obras habían de tener. Sacrificar por un concepto determinado de belleza, de arte, preconcebidas unas necesidades auténticas de uso en los cacharros que nos rodean, en los muebles, en la arquitectura, en el urbanismo, es caer irremisiblemente en la decoración; es caer en lo extrahumano. Es utilizar la pintura o la escultura, artes plásticas también, pero de raíz totalmente distintas de la arquitectura, por verdadera arquitectura, y como consecuencia tergiversar y denigrar una y otras. Tal vez la misión esencial que nos toque a las generaciones posteriores a los genios de la arquitectura de nuestro tiempo sea la de llevar a un puerto auténticamente humano esas intuiciones un poco de visionarios que ellos han tenido. No se trata de ninguna manera de caer en un empirismo, que es confundir lo bello con lo agradable, ni tampoco en un racionalismo que sería confundir lo bello con lo bueno. Es sencillamente de llegar a la conjunción completa de síntesis de lo bueno, de lo útil, de lo bello, dándole a cada uno el lugar, la proporción y la jerarquía que les corresponde en toda la ordenación de los conjuntos que nos rodean.

No podemos perder de vista que esta síntesis estético-práctica podíamos decir, de todas las cosas que nos rodean, son esenciales en nuestra vida. Estamos acostumbrados a dar en la jerarquía de valores de nuestra vida una importancia desmesurada a funciones que realmente tienen poca importancia. Por ejemplo, sin que yo tenga nada en contra de los banqueros, las funciones por consiguiente de banca y bolsa, tan importantemente consideradas socialmente, resultarían ridículas con una visión menos materializada de nuestra vida. Nadie se puede imaginar a un bienaventurado en el cielo jugando a banquero ni a bolsista, pero sí jugando como un niño, y es que la expresión vital y estética del juego tiene en nosotros una auténtica jerarquía de importancia humana.

En este sentido despreciamos como cosa secundaria la belleza, la satisfacción estética que puedan proporcionarnos los cacharros, muebles y arquitectura que nos rodea. Efectivamente, tener el dinero suficiente para comer es una cuestión de vida o muerte, pero pasada esa primera necesidad para conseguir nuestra felicidad es indispensable que nos sepamos rodear y que también tengamos la ilustración suficiente para captar ese ambiente de serenidad, de belleza, que nos puede proporcionar la máxima felicidad en la tierra. Si hoy resistimos tanta butaca fea, tanta lámpara cursi, tanta calle destartada e inarmónica, es porque nos hemos embrutecido lo necesario para tolerarlos, pero no podemos ni imaginarnos siquiera la felicidad, inconsciente tal vez, que nos proporcionaría una existencia rodeada de todos estos elementos en su más justa expresión práctica y estética. Una vaca, en un maravilloso paisaje, se mantiene con la misma aparente indiferencia que en un horrendo establo. Pero la realidad es que al cabo del tiempo, al animal agradable, simpático, bello, podemos decir auténticamente "vaca", lo hemos transformado en un ser monstruoso, que viene a ser una especie de máquina de hacer leche: máquinas monstruosas de producir, de ganar dinero, de subsistir y de correr de un lado para otro, es lo que conseguiremos ser si no damos un frenazo a tiempo. Si no sabemos jerarquizar todos los elementos de la vida que nos rodea, haciendo unas poblaciones bellas a la medida de nuestra necesidad material y espiritual, unas viviendas que no desentonen de toda la belleza natural de que seamos capaces de rodearnos y unos utensilios todo lo prácticos y todo lo baratos que se quiera, insignificantes aparentemente, pero de una importancia máxima en nuestro desarrollo, no conseguiremos elevarnos a una perfección auténticamente humana y feliz, y caeremos en una deformación de monstruos, sin espíritu y sin auténtico sentido de la vida.



LA CASA QUE NO SE VE

Mercedes Ballesteros

Cuando digo “la casa que no se ve”, las habitaciones de atrás, a las que se llega por la escalera interior, me refiero, claro está, a la casa que no ven las visitas. Más concretamente: las visitas españolas. Porque en el extranjero, a poco que uno se descuide, acaba haciendo la tertulia en el fregadero. ¡Qué fregaderos más seductores los de Suiza, con un profesor de Química secando los cubiertos!

Se trata de naciones con una civilización más adelantada que la nuestra, países donde al no dar golpe, al dejar las cosas como están, no se le llama tradición.

COCINAS

Se habla mucho de que, en nuestro tiempo, la mujer ha conquistado grandes ventajas que a sus abuelas les fueron vedadas: el voto, puestos en el Parlamento, cátedras, presidencias de Consejos de Administración, etc., etc. Pero, en realidad, la mujer mo-

derna lo que ha conquistado ha sido la cocina. Sus abuelas no tenían voto, pero tenían cocinera.

La cocina era un recinto cerrado en el que mangleaba la cocinera y al que la señora no podía entrar sin sentirse desplazada y cohibida; tan encogida y cursi como señorita de ciudad en romería de pueblo. Hasta se hablaba un lenguaje distinto, un lenguaje que sólo conocían las que habían leído al arcipreste de Hita.

De cuando en cuando, la señora quería modernizar y embellecer aquella parte de su casa, que creía suya, y se arriesgaba a comprar en Bayona algún utensilio de *menage*, decorativo y práctico. Ora un aparato para hacer las patatas paja, ora un triturador de fruta o un molinillo eléctrico para el café. Pero veía con dolor que sus esfuerzos se estrellaban frente a la fuerte resistencia de la tradición.

—“¿Dónde está el esprimelimones metálico? ¿No lo usa usted?”

—“¡Toma, ya lo creo que lo uso! Para desatracar la pila.”

—“¿Y el molinillo?”

—“Para picar cebolla.”

—“¿Y el hervidor de legumbres?”

¡Ah, el hervidor de legumbres había resultado extraordinariamente práctico en manos de esta especie de “hombre del Renacimiento” que era la cocinera!

—“Lo he cogido para apañarles una trampa a los ratones, que entran por ese *bujero*.”

¡No valía que las corrientes del Progreso invadiesen las ferias de muestras! El antro cocinero mantenía su aliño secular. Al menor descuido desaparecía el batidor esmaltado y reaparecía el soplillo medieval.

Los primeros signos del adecentamiento de la cocina fueron—hace ya años—esos mueblecitos en miniatura con sus letreros correspondientes: “Clavo, Azafrán, Pimienta, Cominos, Nuez Moscada”. En ellos podía encontrarse habitualmente un cabo de vela, un pedazo de estropajo o la colilla del cigarro de un quinto.

Era la cocina la casa del servicio; más aún, su patria. Y la defendían del invasor como patriotas polacos. Quien de niño no haya escuchado un “¡fuera de aquí!” por boca cocinero cuando se ha arriesgado a acercarse al fogón a robar una patata frita, es que no ha tenido una infancia normal.

Aquello parecía tan inexpugnable como Numancia, mal comparado.

Hasta que un día la antigua población abandonó sus barricadas. No fué, como otros movimientos análogos de la Historia Universal, que el invasor arrojara fuera de sus fronteras al nativo. No. En este caso particular el abandono partió de la propia población aborigen.

El éxodo de las criadas, a los ojos de la Historia, tuvo algo de episodio bíblico.

De pronto, el tema de “el servicio”, como base de una conversación, se quedó tan anticuado como la ópera. Hasta del teatro desaparecieron esas escenas tan buenas en las que una doncella muy pimpante, plumero en ristre, comentaba con el mayordomo los trapicheos de los señores de la casa. Los dramaturgos tuvieron que buscarse otro sistema para el planteamiento de sus obras. Tal vez de entonces arranque esa costumbre de usar una voz en *off*. Es, quizá, la sustitución teatral de las criadas.

Así las cosas, un día, el ama de casa se aventuró tímidamente a entrar en la cocina, que se había convertido, de la noche a la mañana, en “tierra de nadie”. Cuando hizo su primer huevo frito, un paso decisivo se había dado en el camino de la civilización moderna.

La cocina pasó, de ser un lugar tremendo, donde

el caballo de Atila no habría tenido nada que hacer, porque se lo encontraría todo hecho, a convertirse en un sitio de aspecto agradable. Se adecentó, se pintó de vivos colores, se procuró darle el agrado y el refinamiento de un lugar donde se han de pasar muchas horas al día. En muchos casos, incluso, se acursiló y se llevó no poco buen gusto y femineidad y cachivaches que estorban en una cocina seria. Pero eso fueron los naturales tanteos de un nuevo orden de cosas.

Hoy día ya se ha logrado la cocina funcional (como puede verse en esta magnífica Exposición). La palabra funcional es bastante repelente y reñida con la belleza, pero en la cocina la belleza sobra; lo que cuenta es la eficacia. Que cada cosa sirva para algo y, sobre todo, que nada estorbe (y la belleza a menudo estorba). Estar guisando es estar creando. Cualquier distracción puede costar la vida del *sufilé*. El instrumental ha de estar a mano, cómodamente al alcance, como instrumental de cirujano; estudiar la distancia entre el fuego y la sal; someterse al punto, que exige puntualidad y ahorro de tiempo; bien a la vista el reloj en el que estén marcados los segundos.

Lo malo es que aún los arquitectos siguen fieles al atávico prejuicio de que la cocina es una habitación de segunda, cuando no de tercera. Y así, la colocan de cualquier forma, escatimando el espacio. ¡Y en ningún sitio el espacio es más necesario!

No me refiero a esos zaquizamis donde todo es pequeño y, para desplegar a gusto un periódico francés, hay que salir al descansillo de la escalera. Si en la alcoba, para encender la luz de la mesilla hay que andar a gatas por encima de la cama; si el baño es ese artefacto para enanitos llamado *polibán*; si en el comedor, para servir una lubina hay que partirla por la mitad, y los niños tienen que dormir en estanterías adosadas a la pared como si en lugar de niños fuesen tomos del Espasa, no se puede pedir que la cocina sea grande. Tiene que ser también pequeña, ¡qué le vamos a hacer!

No me refiero tampoco a las suntuosas moradas de muchos millones—más banco—donde todo es desmesurado. Hablo de la casa media que se construye hoy, donde todo el *confort* y el espacio disponible se ha volcado en el *living room*. Esto tal vez arranque de tanta obra de teatro extranjero como se traduce en España. ¿Influencia indirecta de Priestley? ¡Quien sabe!

Si en el *living* se puede andar a caballo, no es justo que la mesa de la plancha sea *convertible* y sirva por la noche para cama de Pepito. Y, sobre todo, que en la cocina, para pelar una patata, haya que sacar el codo por la ventana.

Tener sitio para poner una cacerola al retirarla del fuego es más vital y proporciona más *confort* que disponer de sitio para recibir al Cuerpo diplomático.

A lo largo de los trescientos sesenta y cinco días del año se guisa más y se *livingrunea* menos.

Otra condición fundamental que precisa una cocina es la luz. El sol. ¿Para qué necesitan sol las visitas que van a tomarse unas copas a las ocho de la tarde? En cambio, ¡qué encanto tiene fregar la loza de la noche anterior contemplando ese espectáculo siempre asombroso y estimulante de la amanecida y oyendo cantar a los pájaros! En lugar de hacerlo con vista a un patio sórdido donde se bambolean puestas a secar las camisolas de nuestros vecinos.

Luz y espacio deben ser las consignas para construir cocinas.

En el siglo XI, sin ir más lejos, las familias comían en la cocina, sin cubiertos y con un solo plato para todos. Estos últimos detalles ya nos convencen menos, aunque no dejarían de tener sus ventajas. Por un lado, resultaría incómodo y poco limpio. Sin embargo..., ¿y el no tener que fregar tanta loza y tantos tenedores?

Pero lo de comer en la cocina sí que es buena idea. El comer cerca del fogón proporciona grandes ventajas gastronómicas. Las patatas fritas, por ejemplo, saben infinitamente mejor. Porque las patatas fritas son, en cierto sentido, como los violines Stradivarius, que se desafinan al contacto con las corrientes de aire y nunca están más a punto que al pie de la sartén.

Por algo al fuego se le llama hogar. El hogar perfecto sería aquel en el que la cocina volviese a ocupar el rango que le corresponde. ¡Qué hermosura de cuadro de costumbres una familia reunida alrededor del fuego, como hoy se reúnen alrededor del aparato de televisión!

¡Ah, y no olvidarse de que en la cocina haya sitio para el duende! Porque en todas las cocinas hay un duende, que para dormir suele apoyar su frágil cabeza en la olla de la manteca. Es el genio protector de la casa, al que en Suiza, rumbosos, suelen obsequiar con tazones de leche. Según Shakespeare, el duende es tan servicial que se toma el trabajo de pellizcar a las criadas dormilonas para que se despierten.

Todo irá mal; se cortará la mayonesa y se pegará la *bechamell* si el duende no encuentra acomodo y se ve desplazado a escobazos o aterido de frío y tristeza como en las casas en las que se come todo de conserva, sin encender el fuego. Casas en las que, sin genio protector, pronto entra el hastío, la desolación y el divorcio.

Se suele decir de un hombre que prolonga su sol-

tería: "Ese acabará casándose con su cocinera." Este anatema tan injusto debería tener su contrapartida. ¿Por qué un hombre talludito, con más experiencia vital que un jovencuelo, va a ser tan zote que se decida por lo peor, cuando tiempo ha tenido de sobra para la escogenda? ¿No será, por el contrario, prueba de que es más avisado y da a la palabra *hogar* su verdadero sentido? No hay que olvidar que los sibaritas—que ellos serían lo que serían, pero de darse buena vida entendían lo suyo—colocaban en primerísimo lugar la preparación y el condimento de los manjares.

Si la civilización moderna, la casa moderna y la mujer de hoy se preparan su fogón y su mandil, tal vez se acorte la soltería de algunos y, en lugar de esperar a los cincuenta para convertir a su cocinera en su mujer, se lo piensen antes y conviertan a su mujer en su cocinera.

Pero hay que tener en cuenta que de estas mejoras sociales no se pueden disfrutar de *bobilis bobilis*. Este cambio de fortuna de la mujer, este adelanto que le permite entrar en su cocina y adueñarse de su fregadero requiere una cierta preparación.

La nueva rica que ayer vendía rábanos en el mercado y, gracias al talento comercial de su marido, se encuentra de la noche a la mañana en posesión de una fortuna, ha de esforzarse para no desentonar de su nuevo medio de tapices y arañas de cristal, de pieles y de boato. ¿Que ello representa un esfuerzo? Naturalmente. Pero ¿y las compensaciones?

Del mismo modo, la mujer moderna que ha conquistado la cocina ha de esforzarse. Siglos ha tardado en conquistarla. ¡No es cosa de perderla por desidia o falta de estímulo! Si pensamos que para tener el bachillerato hay que estudiar montones de asignaturas que luego jamás servirán para nada, ¿cómo vamos a dejar de aprender a guisar, que es una disciplina en la que todo se aprovecha?

En Grecia hacían falta dos años para graduarse de cocinero. ¡Y era en Grecia, donde no se conocían las patatas guisadas! No se puede ascender a la escala social de la cocina sin estar a su altura.

Brillat Savarin dijo que el descubridor de un manjar hace más por la humanidad que el descubridor de una estrella. La frase suena a nefando materialismo y más de un puritano frunciría el ceño. Pero si a una persona honesta y sincera le ponen a escoger entre que desaparezca del firmamento la estrella Poniatosky o que se prohíba en Alicante guisar el arroz a banda, esa persona honesta y sincera prescindirá sin vacilar de la estrella.

Las mujeres somos vanidosas. Lo que pasa es que tenemos una vanidad tonta, mal dirigida. Es corriente que una mujer se sienta defraudada porque su ma-

rído o su novio no se hayan dado cuenta de que estrena un vestido o de que se ha teñido el pelo; pero es que el hombre es una persona seria que no suele fijarse en nimiedades.

¡Pero a que sí sabe distinguir entre un plato de acelgas hervidas y unos chipirones rellenos! Pongamos ahí nuestra vanidad. Que una casa donde reina la vanidad correspondida, es una casa feliz.

LOS BAÑOS

Otro cuarto perjudicado por la amplitud del *living* es el baño. Ahí se ha querido sustituir el espacio por cursilería. A menudo la jabonera representa un pez y el aguamanil una concha. Todo ello con combinaciones de colores que están bien para una "casatta siziliana", pero que, en el cuarto de lavarse, sobran. Si hay algo reñido con la belleza es "lo bonito". Y lo incómodo. Sobra el tono jade, sobra el pavimento multicolor y la luz fluorescente si el grifo gotea y los desagües no corren. Todo esto en los cuartos llamados *de cine*. Como si hasta que no se bañaron Myrna Loy y Gary Grant no se hubiese bañado nadie.

Se tiene la idea de que el baño decoroso es cosa moderna, y, si vamos a ver, los cuartos de baño de hoy son una pura birria si los comparamos con los de los árabes o con los de la antigua Roma. (Hablo de árabes de Córdoba y de romanos de Tarragona, no se vaya a creer). Porque eso de que en la Península hemos sido siempre sucios es puro cuento. Lo que pasa es que los siglos fueron empeorando las cosas.

Las buenas costumbres higiénicas se fueron perdiendo y aún no hace más de treinta años se podía dar la vuelta a España sin encontrar—sino raramente—habitaciones con cuarto de baño en los hoteles. Bueno, es que tampoco había hoteles, sino fondas.

En la alcoba de la fonda encontrábamos, indefectiblemente, un biombo que, pudoroso, ocultaba el aguamanil con palangana y jarro. Eso ha cambiado. Hoy existen hoteles decentes en cada cabeza de partido y, en algunos casos, hoteles de archilujo.

Y lo mismo ha pasado en las viviendas particulares. Al menos, ha venido sucediendo hasta ahora; porque las últimas corrientes de la construcción van desplazando el baño—que se considera molicie burguesa y antideportiva—y se instalan preferentemente duchas. Y, dígase lo que se diga, la ducha donde mejor queda es en los manicomios.

Pero nada de esto es grave. Lo grave es que hay algo que no ha adelantado nada desde las termas de Caracalla. Me refiero a la fontanería. Es algo que, mientras la electricidad progresa, progresa la ciencia, progresa la aviación, se ha quedado donde estaba.

El soplete del fontanero es, en las casas, un ruido tan similar como la radio. Nunca se puede decir que todo, absolutamente todo lo que depende de cañerías, esté a punto.

Las explicaciones de los técnicos no nos llegan a convencer. "Es que con la calor, el cojinete de cuero se ha cuarteado, ¿me comprende usted?"... "Es que con las heladas..." "Es que con el agua que ha caído este invierno..." "Es que por causa de la sequía de este verano..."

Y llegamos a la conclusión de que la fontanería tiene de común con la Armada Invencible el que no ha sido hecha para luchar contra los elementos. Pero no tenemos la filosofía de Felipe II y reclamamos que algún día esto se arregle.

En eso sí que la fonda de Palencia, con su jofaina y su jarro, había alcanzado mayor perfección. Porque aquello no es que fuese gran cosa, pero, al menos, funcionaba.



INVITACION AL FONTANERO

—Sí, se trata de una fiestecita íntima. Contamos con usted... ¡Ah! ¡Y no deje de traer sus herramientas!

(De "A B C".)

EL SERVICIO

Sobre los cuartos del servicio—el que va quedando—se ha adoptado una postura poco cristiana. Mientras toda la casa está generalmente recargada de cachivaches, a las criadas sólo se les proporciona, como todo ornato, un santo al que se le tenga poca devoción en la familia y un calendario de las Pescaderías coruñesas. Eso, y el retrato de un quinto, que ponen ellas, y pare usted de contar. La colcha de la cama de tipo campestre, ¡pero si ellas precisamente de lo campestre es de lo que están hartas, y por eso se van a

servir a la capital! ¿Por qué no una colcha de damasco? ¿Por qué no un espejo grande, en el que se vean desde la permanente hasta la punta de los zapatos que les aprietan? ¡Ah, y una muñeca vestida de gitana encima de la cómoda!

LOS NIÑOS

Otra habitación que no suelen ver las visitas es el cuarto de los niños.

Se ha escrito mucho sobre los niños; más exacto sería decir contra los niños. La literatura más enjundiosa, de la cual aquí no es ocasión de hablar, es la que se refiere a la enseñanza de la infancia, esa monstruosidad que obliga a las pobres criaturas a acumular a regañadientes una cultura que, más que una cultura es el clásico sentido de deleite del espíritu, parece desafortunada preparación para tomar parte en uno de esos concursos radiofónicos de "lo toma o lo deja". Se tiene la creencia de que los niños han de saber de todo, como sea, a la brava si es preciso. Si les flaquean las fuerzas se les estimula, bien sea con un choque de vitaminas, bien sea con una mano de bofetadas.

Pero convendría no perder de vista que el niño es un recién llegado al mundo y mejor sería recibirle cortésmente, como a un forastero, para que le tome el gusto a la ardua tarea de vivir y no pintárselo todo con los tintes tremendistas del latín y la trigonometría.

El mundo es la casa de los mayores, y a los pobres chicos se les hace creer que para tomar posesión de esa casa que mangonean los adultos (unos adultos que no saben latín, por cierto) han de hacer un esfuerzo de titanes.

Bueno, pero ya dije que eso aquí no viene a cuento.

Lo que sí viene a cuento es la habitación destinada a los niños, sobre todo a los párvulos.

Si hay algo horrendo y repelente es un cuarto de niño decorado como se creen los mayores que les gusta a los niños. Tienen algo de granja avícola y tal vez colmarían las aspiraciones estéticas de un conejo.

La pazguata fantasía del mueblista especializado, al niño le repatea. Lo que pasa es que el pobre anda demasiado castigado con la ciencia y, en lugar de protestar, se aguanta.

El cuarto del niño a lo que más debería parecerse sería a la celda de un fraile. A la primera ojeada a una de estas celdas nos damos cuenta de que no hay nada de lujo superfluo y que nada sobra; pero fijándonos bien veremos asimismo como nada falta. Paredes desnudas, parco moblaje y un crucifijo. ¿Qué más

ni qué menos se necesita para dejar al espíritu en libertad? Y eso es lo que necesita el niño: holgura para sus pensamientos, para su fantasía, para su imaginación.

Prueba de ello es que una checa, que es dentro de las artes de la vivienda el recinto adecuado para las torturas espirituales, es una cárcel en la que se han introducido elementos decorativos, obsesivos, luces y colores combinados para turbar y perturbar los sentidos. Algo así como esos horrendos cuartos de niño con patos Donald pintarrajeados por las paredes y costosos regalos de padrino rico apiñados en las estanterías. O aparatosas cajas de juegos variados que a ningún niño le atraen; porque jugar a juegos es cosa que sólo les gusta a los ancianos ingleses. A los niños lo que les gusta es jugar a vivir: "Yo era un piel roja", "Yo era un bandido", "Yo era un pirata"... Jamás: "Yo era un niño llamado Fernandito jugando con mi hermano a un juego memo."

Por eso, horrorizado, pugna por escapar de su cámara de tortura, donde la fantasía roma del decorador adulto ha tratado de aplastar su propia fantasía fragante. Y se va a otro sitio a jugar con el estuche de las gafas de su abuelo: "esto era una piragua", o con la caja vacía de inyecciones: "esto era un fortín". La fantasía la pone él. No tienen que dársela prefabricada.

La película *Yo acuso* tiene momentos de gran patetismo. Ninguno comparable a la llegada del desdichado "Dreyfus" a un hogar lleno de cachivaches. En cierto sentido, el ex-recluso es como un niño, que ha de enfrentarse de pronto con el mundo que le rodea. Al público en general le extraña comprobar que la fisonomía del ex-presidiario sigue tan mustia o más que en el destierro. Y, bien mirado, es que aquel interior donde cada centímetro de pared ha sido aprovechado para colocar una miniatura, un barómetro, un antepasado en daguerrotipo o una labor de cruceta, no es el ambiente más adecuado para levantarle el espíritu a nadie. Llega un momento en que prefiere jugárselo todo y salir de allí. Cinco años aguantó el hombre en la Isla del Diablo. En el interior, abarrotado de monstruosidades, no aguantó sino dos. Si no hubiese sido un sujeto de tan pocas palabras habría dicho que prefería el paredón. Un paredón, claro, en el que no hubiese cornucopias.

TESIS

Todo lo que vamos diciendo encierra una tesis. Hoy día no sé qué pasa que no se puede escribir nada, ni siquiera cuatro palabras hablando de la cocina sin que la tesis asome la oreja. La tesis dominante de

todo lo dicho es la de que hay que retener a la gente en casa.

Mucha literatura se ha hecho, especialmente en las revistas femeninas, encaminada a evitar que los maridos salgan de casa a charlar con sus amigos. Yo no soy partidaria de tanto rigor. Si los hombres no salieran de casa no habría progreso, ni guerras, ni Historia Universal.

Todas esas revistas de que hablo aconsejan tener unos visillos muy monos y un búcaro con flores para que el marido se sienta a gusto en su hogar. Y el caso es que no ha nacido marido tan pelanas al que se pueda retener a tan poca costa. Los visillos y los búcaros le traen sin cuidado a todo varón normalmente constituido.

Hay algo, sí, que le puede atraer de verdad: la mecánica. Todo hombre se siente importante, y cumpliendo con el fin para el que ha sido creado, si

puede empuñar un destornillador. Esto se ha ido ganando con los utensilios del *menage* moderno. Un hombre se ha mostrado siempre indiferente a las cocinas de carbón que no tiran. Solícito, en cambio, para la reparación de una avería que requiera el apoyo de ese ingeniero que todos llevan dentro. Hay que procurar que todo sea mecánico, que haya siempre una batidora o un tostador eléctrico que, en un momento dado, requiera la enjundiosa ayuda del varón. Es preciso dar un paso más en el camino de la civilización moderna: el de meter al hombre en la cocina. Puede empezar reparando el *turmix*. Sólo es cuestión de tiempo el que acabe fregando la loza.

Y que a su vez se encuentren a gusto el niño y la criada y el duende; que tengan ganas de volver a casa. Una casa donde abra la puerta la mujer secándose las manos en el delantal. Así el hombre se hará la ilusión de haberse casado con la cocinera.

LO FEO SEMILLA DE ABURRIMIENTO

Carmen Castro

Trátase de ver cómo lo feo "dentro de casa", en el interior de la morada, siembra aburrimiento en nuestra morada interior—en la morada íntima y personal, que no admite telarañas ni nubes turbias—, en esa morada donde todo ha de ser nítido y terso como una superficie de piedra estirada por luz de sol.

En muy grave empeño me he empeñado. Mas si cierto fuese lo que del discurrir y del discurso femenino afirman los hombres, bien podría ahora sostener mi tesis. Pues dicen los hombres que las mujeres sólo podemos hablar de la casa en cuanto es el lugar de cosas "subjetivas", nuestras y para nosotras; ítem más, dicen que no somos capaces de discurrir a puro concepto por exceso de puro "sentir". Con lo cual, nadie se engañe, pues digo que en mi

sentir lo feo es cosa que aburre, y lo que aburre mal le sienta a la vida de aquende y aun de allende. "Nadie puede vivir sin deleite, Por eso, el que se halla privado de deleites espirituales, pasa a los carnales." Palabras de Santo Tomás. En cuanto a nosotros todos, bien sabemos que ni siquiera este pasar a los deleites carnales es solución muy duradera. El poeta Mallarmé lo dice en su *Brisa marina*:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres.
Fuir! là-bas fuir!...

El viajero del vivir se desquicia, se desgozna y va en busca de mar. Pero en esta andanza de mar, amor y muerte no puedo demorarme ahora.

Vengamos sencillamente al que se aburre. El que

se aburre se siente roto, y tan en pedazos que en ocasiones hasta teme levantarse de donde cayó, no sea que al mover una rodilla se le desprenda el pie contrario, y no sea—y esto es lo peor de todo—que descubra que la cabeza se le apartó del cuerpo. El aburrido se siente tan mal, y en ese mal se siente de tal manera, que por componerse, por sentirse a sí mismo una pieza enteriza, peca—o si se prefiere—, comete maldad. Y es naturalísimo, porque lo más atractivo de los pecados es que empiezan por un pronombre personal: yo. Y el pronombre sentido junta en unidad orgánica al hombre con su nombre, para mal y para bien en ocasiones.

En el mundo coexisten la belleza, la no-belleza y lo feo. Para mí sigue siendo la de Plotino la mejor definición de la belleza: “Algo que conmueve sensiblemente desde la primera impresión, que el alma percibe con inteligencia, reconoce y acoge, y a lo que se ajusta en cierta medida.” La belleza es vida vivísima. La no-belleza es vida en clave de indiferencia, paseos por el mundo de las musarañas turbias hechas por arañas venenosas, no por el país de las musarañas rítmicas, que son poesía. Además de belleza y no-belleza existe lo feo. Lo feo es la presencia del diablo en el mundo. El diablo es un aburrido él, que acaba aburriendo con su aburrimiento. Todo lo feo se inventó ya. Por eso, aunque parezca nueva cosa el pecado recién inventado, trae en sí cansera. Mientras que lo bello no está terminado de inventar. Prueba es que sigue habiendo creadores y arte nuevo cada vez que aparece sobre tierra un inventor luminoso. Que las gentes vulgares crean que anda la belleza por el mundo de la mano del diablo, es creencia posible. En cuanto al diablo, sólo va por el mundo de la mano de algún hombre que otro. Y digo hombre y no mujer. Jamás las mujeres le damos la mano al diablo. ¿Estaría bueno que dándosela como se la damos, o estamos dispuestas a dársela al hombre, pudiéramos dársela directamente al diablo? Si durante tantos milenios se consideró a la mujer ser imperfecto y no libre, fué seguramente porque nos falta esta última posibilidad: la de ser del diablo. Lo más a que llegamos—y ya es llegar—es a brujas, y eso con mucha ayuda de Goya o de Cervantes, que sin ellos hable la que haya asistido en figura y sentidos personales a un aquelarre.

¿Qué es el aburrimiento?

Ante todo, sépase que nada tiene que ver el aburrimiento con la morriña, ni con la saudade, ni siquiera con el cafard. Estas cosas pertenecen a seres de tierras húmedas de mares y ríos, de tierras verdes

de bosques, y son en definitiva males de origen animal; el animal es dañino, a veces, pero mucho menos que el vegetal.

El aburrimiento pertenece al reino vegetal. Es una de esas plantas bellas y terribles como la cicuta o el beleño, que rompen a los hombres de golpe o poco a poco. Primero lo quiebran la hombría de bien, luego el cuerpo, empezando por el esqueleto, esa maravilla poética y personal que nos sostiene en todo instante:

Un grafito tridimensional de movimientos posibles y deseables...
Memoria sólida.
Quinta esencia de esfuerzos y de ímpetus que se pierden en la historia del mundo.

Esto escribía del esqueleto, en 1957, Fosco Moraini.

El aburrimiento no es sólo el mal de nuestro siglo. Ha sido el mal de muchísimos siglos. Un mal a veces colectivo y a veces personal. Los sociólogos saben que cuando todos los problemas del mundo se resuelvan, surgirá con gravedad insospechada el mal del aburrimiento. La Humanidad corre riesgo de perecer por un bostezo universal, que si no se previene a tiempo dará con ella—mujeres inclusive—en pleno infierno. Los psiquiatras, por su parte, saben de cómo ataca el aburrimiento a los individuos. Y los artistas, que lo conocen en su raíz, lo han personificado en los dos más geniales aburridos de la Literatura: Emma Bovary y don Juan Tenorio.

El aburrimiento entra en las vidas, como el diablo, sin necesidad de tiempo. No es aconsejable creer a las personas que afirman no tener ellas “tiempo de aburrirse”, porque esto es tan falso como decir que se carece de tiempo para amar. Amor y aburrimiento pueden contarse entre las cosas digamos intemporales, de que tenemos experiencia efectiva, y las cuales nos sirven para aprehender en alusión lo que será el vivir allende el Tiempo, y—como diría un místico—poder tener *experiencia* de Dios.

Lo Feo es un concepto subjetivo que aplicamos a las realidades.

Para mí hay dos clases de feo. Lo feo *infumable*: lo feo en sí y sin remedio. Y lo feo *recuperable*: a saber, lo que sólo es feo para uno (para mí, para mi gusto, y para ponerlo en torno a mi persona, es feo el estilo chipendale; dice muy mal con el tono de mi piel, y peor con mi humor); y lo que es feo dentro de determinado entorno: por ejemplo, un rasca-cielos en Toledo veremos—temo que lo veamos—es una aberración de la Naturaleza, mientras en Brasilia, Nueva York, Chicago o San Francisco es una creación bella de toda belleza.

Entremos en la casa.

Y ante todo una sugerencia a los arquitectos, que son los que hacen las casas. Añádase una asignatura a la carrera. Desempeñará la cátedra una mujer, y se titulará "Marido U.S.A.". Consiste en aprender en propio cuerpo la importancia de los *detalles* en el hogar. A saber: ancho de las tablas de los armarios de ropa de casa, de ropa personal. Ancho de una cruz en que se cuelga el abrigo de piel de la "señora". Ancho del colgador donde se ponen los vestidos y abrigos. Necesidad de no hacer que convivan en un mismo recinto cerrado los zapatos y los vestidos. Importancia—para quien aspire a comer fritos y coliflores—de que haya un chupa olores sobre el fogón. Creación de lugares adecuados donde la ropa pueda quedarse en tanto que se olvida del cuerpo que la llevó, y decide si se va a desarrugar por sí sola o si va a exigirnos tres planchazos. Invención de tocadores en los baños donde los polvos de la cara no cojan humedad, mientras la piel no la pierda, etc. En cuanto a la "importancia de la asignatura" por sabida se calla.

En cuanto a los clientes de los arquitectos, también han de ser instruidos. Muchos ignoran que una casa no puede ser un hotel de viajeros. Si un hotel resulta acertado es justamente porque sirve para "casa" de cuantos lleguen a él, y en el fondo para ninguno. Una casa tampoco es, como muchos piensan, un escenario que se decora para determinada ocasión.

Saben los arquitectos que la casa—nuestra casa—nos tiene que "salir de dentro". Bien porque dentro la llevemos plegadita, como esos papelillos chinos que en agua se abren y son pagodas o puentes, o flores y árboles; y la sensibilidad del arquitecto hace de agua bienhechora en que crece nuestro palafito interior hasta el plano... Bien porque el arquitecto, previa y sabiamente, nos ha metido en el alma nuestra propia casa para poder sacárnosla luego. En cualquiera de los dos casos la casa habrá sido hecha con nuestro propio ritmo de latido vital y en armonía con nuestra persona personal.

Ya no es necesario proclamarse ni a favor ni en contra del malentendido dicho de Le Corbusier: "La machine à habiter." El mismo dice cómo la Arquitectura va más allá de las necesidades utilitarias, y es un arte plástica "pasional", no "funcional". Es "el juego magistral, justo y magnífico de las formas reunidas bajo la luz". Lo cual suscita el problema de dónde empieza la Arquitectura y dónde la Escultura. Para mí—subjetivamente se entiende—esto no es problema, que yo no vi nunca la diferencia entre un

tejado y una figura miradas ambas creaciones contra el cielo.

La casa, en fin, ha de ser la piel dura—resistente al clima exterior—del alma de sus moradores. Y esta piel ha de tener grandísima belleza.

Feo es, en este caso de la casa, todo lo inauténtico que en ella exista. Aquello que no cumpla un fin espiritual o material, aquello que no es necesario y, por tanto, sobra y agobia, porque ni facilita la habitación ni coopera al bienestar del alma.

Inauténtico es en una casa todo cuanto no responde al vivir personal de sus moradores. De tal manera que ellos no entienden las cosas que les rodean, les molestan y les aburren. En nuestro tiempo, más que en otro alguno, han pasado a ser clientes particulares de los arquitectos los poseedores de "dinero nuevo". Son precisamente ellos quienes nutren las consultas de los psiquiatras. Clase social—la del "dinero nuevo"—de "desclasados", a quienes produce un choque continuo el entorno en que viven. Un entorno inauténtico, porque ni les gusta, ni les colma deseos, ni les satisface necesidad alguna, y que acaba por aburrirles tanto que los enferma, cuando no los empecata. Víctimas son de su cobarde carencia de autenticidad.

Feo es, en fin, todo cuanto no crea armonía, sino la rompe. "Lo bello—decía Hegel—es la armonía realizada." Naturalmente esta armonía es distinta para cada época y de aquí nacen los "estilos". Y es distinta para cada persona, y de aquí nacen los gustos y las interminables discusiones de si es más bella Florencia o Venecia, Toledo o Granada.

La armonía tiene una ley primera, formulada por Cervantes: "No se pueden mezclar berzas con capachos." Y por eso ha de tenerse exquisito cuidado toda vez que surge la ocasión de mezclar Arte con Artesanía.

Ante la obra de arte no caben más que dos posturas por lo que a la casa afecta. O se tiene en casa por necesidad de orden vital, o se le hace a la obra de arte la casa, porque la merece y se puede. Conozco a personas, y a un arquitecto en especial, que centró su casa en una pintura que posee, y a partir de ella curvó paredes y calculó espacios. Sé de quien vendió la mesa en que escribía para poder escribir frente al bronce que anhelaba poseer.

Me parece feo moralmente—y feo realmente a la vista, por desacertado—utilizar al arte como elemento de "decoración", que vale tanto como considerarlo elemento de relleno. Lo considero síntoma de intolerable frivolidad y falta de respeto a la dignidad humana. Semejantes desatinos suelen cometerse por te-

error a la pared vacía, ese fantasma en blanco del hogar para algunos. Ante ese miedo al vacío, sólo caben tres soluciones: empezar la casa por él, lo cual significa suprimirlo *a radice*. Aprender a ver el vacío, la pared en blanco, el espacio libre. Dicen los japoneses que los muebles y los objetos todos *maculan* la pureza del conjunto, y quien no sabe gozar de la proporción de un espacio más vale que se haga harakiri. Y, en fin, cabe escribir en la pared blanca un verso—uno sólo—de Góngora, poeta en que se hallarán, para sueltos, los mejores versos escritos en nuestro idioma.

Es cierto que las casas necesitan cosas funcionales. Lo funcional puede y debe ser bello. Nada más funcional que la mesa siglo XIII del Doctor Angélico, el buen Santo Tomás, hombre gordo en demasía—y ¡qué inmensa simpatía siento yo por las personas gordas!—. Santo Tomás debía de ser gordo por su excesiva penitencia. Quien sólo come yerbas cocidas sin sal, se hincha. La mesa del Doctor Santo tiene una muesca de luna creciente, para que él pudiera escribir sus “cuestiones” sin tropezar con su propio cuerpo. Y, a fe, que no cabe mesa más bella que la suya de Santa Sabina, en Roma, si suya fué en verdad.

En resumen:

Las cosas tienen que ser en sí mismas bellas. Con respecto a nosotros, congruentes. Dentro del conjunto-casa, armónicas.

¿Cómo se logra esto?

Ante todo, la norma la está dando esta Exposición del Equipo Doméstico. Se trata de ayudar al prójimo, educándolo. Y es fuerza hacerlo desde lo más

tirante, desde lo más “valiente”. Enseñemos entre todos los que tenemos la suerte de percibir las cosas de la belleza, que las casas no pueden ser ni rastros, ni museos, ni escenarios de “alta comedia”. Las casas han de ser ellas mismas. Como decía Lope al alabar a Peribáñez: “y pareciste a ti mismo, porque no tienes igual”.

Para que empiecen las gentes a comprenderlos bien, no guardemos para nosotros solos por más tiempo los grandes secretos: el valor y los valores del espacio, de la proporción, de las materias, de las calidades, del silencio, del ritmo...

Con generosidad y valentía, es decir, sin temor al ridículo ni miedo al snobismo, revelemos el secreto de la flor, del cardo, del río y de la piedra. No veo otro camino de colaborar en la meritoria acción de poner en práctica el destierro de lo peligroso feo.

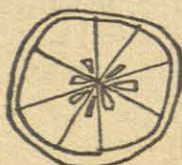
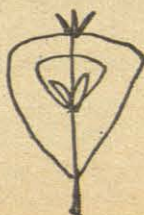
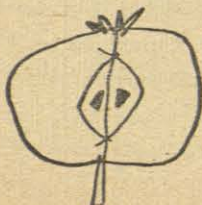
El creador-artista levanta la realidad a realidad de arte. En la casa hay que levantar la realidad a realidad de goce.

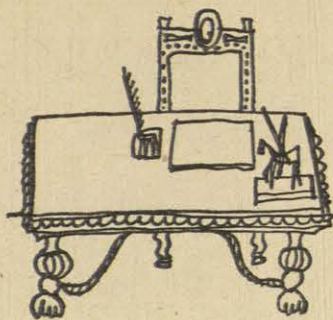
Las cosas están ahí. Nos llaman y exigen autenticidad en nuestra relación con ellas; claman por construir armonías vivas entre sí y entre ellas y nosotros. Trátase, pues, de dar oído a la voz de las cosas que tienen un bello lenguaje. Y, si lo hacemos, cierto que el aburrimiento será desterrado del mundo de las cosas, de nuestras casas.

Las cosas están echadas.
Mas, de pronto, se levantan,
y, en procesión alumbrada,
se entran, cantando, en mi alma.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, en *Poesía*.

Cuando las cosas cantan en una casa, las mujeres sonríen. Los arquitectos cumplieron.





EN LEGITIMA DEFENSA DEL BUEN GUSTO

Mercedes Fórmica

Me da mucha vergüenza confesaros esta tarde que vengo dispuesta a cometer una muerte. ¡Pero, tranquilizaos! No se trata de ningún homicidio. No se trata de ninguno de esos delitos que caen bajo la órbita del Código Penal. En realidad, mi muerte es de otra clase. Se trata de dar muerte a un estilo. Al mal llamado estilo español o renacimiento.

En descargo de mi acto tengo, a mi favor, la más perfecta de las eximentes. La legítima defensa del buen gusto.

Acaso, alguno de ustedes se pregunte, por qué razón arremeto, y de forma tan violenta, contra un estilo que, al parecer, no me ha hecho ningún mal. A ese posible reproche debo contestar diciendo, que del mismo modo que los sicoanalistas hurgan, en el subconsciente de los delincuentes, hasta descubrir el motivo o el complejo que les llevó a cometer su acto antisocial, así también debo explicaros que mi "fobia" contra el falso español o renacimiento está motivada por un despacho. Un despacho, que los azares de mi profesión, me han obligado a visitar más de una vez. Un despacho que se repite obsesivamente, ya en una casa, ya en otra. Ya en una ciudad del centro de España, del Norte o del Sur. Un despacho que se adhiere al ejercicio de determinadas profesiones con una fidelidad alarmante.

Cierro los ojos y lo veo surgir. Es un cuarto som-

brio. Los cristales de sus ventanas aparecen velados por vidrieras de colores, que entenebrece más aún el ambiente. En el centro aparece una mesa de madera bien oscura, con los bordes tallados. Detrás de la mesa se ve un sillón frailer, y delante dos sillas de tijeras, dos catrecillos para asiento y tortura de los futuros clientes. Completa el conjunto una hermosa librería, con las puertas talladas. En estas tallas hay de todo. Encerrada en un óvalo, la cabeza de un guerrero, cubierta por un casco. Unas cariátides, desnudas de medio cuerpo, con bracitos, hombros, pelo, cintura y todo lo demás. Y por si fuera poco, un bichito, enroscado... Un bichito, que no puedo pronunciar.

De la pared, cuelgan unas pinturas lúgubres, generalmente atribuidas a Valdés Leal. Unas pinturas, que el usufructuario del despacho se empeña en mostrarnos, llevándonos hacia la oscuridad de la ventana. Empeño inútil, porque en el lienzo no se ve nada de particular. Todo es sombrío, tenebroso y trágico como el propio despacho.

Me he dicho muchas veces que el hecho de haber pintado Valdés Leal, de modo magistral, por cierto, el tema de las Postrimerías, en unos lienzos que adornan hoy la iglesia del Hospital de la Caridad, de Sevilla, como consecuencia de la conversión de aquel gran tenorio que se llamó don Miguel de Mañara, "Caballero veinticuatro" que inspiró a Tirso con su

conducta nada menos que el tema del *Burlador*, el cual, después de repartir su fortuna entre los pobres, quiso patentizar, en dos lienzos prodigiosos, la fugacidad de los bienes humanos; no creo, digo, que este hecho sea motivo suficiente para que se atribuyan a Valdés Leal todos los horrores sombríos que se pintan en este mundo.

Si en el “despacho-esquema”, objeto de mi complejo, no existen pinturas, existe desde luego un mosaico que representa, a la Virgen de la Macarena o a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. El caso es, que se trate de advocaciones andaluzas. A ser posible, sevillanas. Un farolillo..., eso que se llama un... *gracioso* farolillo, ilumina, con una tétrica bombilla encarnada, los rostros divinos.

Finalmente, queda el detalle principal. El grupo escultórico, vaciado en bronce, de las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, colocado en el centro de la mesa, sobre una base de mármol verde y acompañado—ignoro la razón—por una pluma estilográfica y un lapicero que no se usan jamás.

Este grupo escultórico, este “bibelots”, me vuelve loca.

En el drama de Sartre titulado *Hui Clos*, que trata, como sabéis, de la condena eterna de tres seres humanos—un traidor, una infanticida y una lesbiana—, los personajes se nos aparecen inmersos en su infierno. Un infierno, por supuesto sartriano, es decir, heterodoxo, pero al mismo tiempo de una tremenda eficacia. Un infierno, que después de vivirlo durante las dos horas de la representación, el espectador se promete hacer todo lo posible para salvarse.

Los tres personajes del drama no ignoran su suerte. Saben que están allí, encerrados para la eternidad, que no escaparán nunca. Que inexorablemente tendrán que convivir. Que inexorablemente tendrán que soportarse los unos a los otros. Que inexorablemente y para siempre, estarán obligados a contemplar una y otra vez, una y otra vez y así, hasta el infinito, la presencia de un objeto absurdo que aparece colocado sobre la repisa de la chimenea.

El hecho de haber dado jerarquía de sufrimiento infernal a la obligada y continuada visión de un objeto absurdo lo considero una genialidad del filósofo existencialista.

Y yo os confieso esta tarde, que lo más parecido a ese objeto de la condena sartriana es la desdichada reproducción del “Ingenioso Hidalgo”, que más bien merecería llamarse el “Indefenso Hidalgo”, víctima inocente del mal gusto de ciertos artesanos.

Porque soy entusiasta del personaje cervantino, protesto de la libre reproducción de su figura, cuando esa libre reproducción puede adquirir el aspecto de algo sencillamente repugnante.

Ahora bien: al confesaros que estoy en contra del falso español o falso renacimiento, quiero decir que soy partidaria del auténtico estilo español.

Este es un punto que deseo aclarar, porque me dolería que se interpretasen mal mis palabras y se creyese que al combatir lo falso, lo deleznable, ataco también lo auténtico, lo respetable.

¿En qué momento histórico aparece o surge “eso” que hoy conocemos con el nombre de mueble español y no es otra cosa que la combinación desafortunada de unos esquemas de muebles españoles mezclados a lo peor del renacimiento italiano y del renacimiento alemán?

Con anterioridad a los Austrias, en los siglos comprendidos entre el XI y el XV, España es un inmenso mosaico de reinos moros y cristianos que tienen una característica común. La de ser reinos trashumantes.

Las cortes árabes lo son por sus orígenes nómadas. Las cristianas por la tarea, que representa la reconquista. Esta común condición dejará en la manera de vivir de aquellos siglos una huella indeleble.

Las cortes cristianas, empeñadas en el afán de arrojar al infiel, se desplazan continuamente. Van, de castillo en castillo, de villa en villa, de tienda de campaña en tienda de campaña. Y, como toda corte guerrera, son cortes austeras. No importa para nada la comodidad del cuerpo. Importa, sí, la bondad de la misión en que viven empeñadas. Por esta razón, cuanto les rodea responde a la lógica de su empeño, eminentemente viajero. En los castillos cristianos no encontramos más mueble que el arcón—gótico o mudéjar—apto para guardar ropas, y que no es en definitiva otra cosa que un baúl de madera. Encontramos también la silla de tijera, fácilmente plegable, lista para ser transportada. Algún contador o escritorio para los legajos, que llevan adosados a los costados, dos anillas que facilitan la suspensión del mueble. Completan el menaje alfombras, tapices y cojines. Muebles y enseres, como vemos, escasos, pero al mismo tiempo lógicos, de fácil transporte, propios de la vida de un guerrero, en continuo pie de campaña. Obligado a viajar.

Ni siquiera, la refinada corte de la Casa de Aragón se libra de este principio. Esta corte cultísima, que dió reyes y princesas notables, cuyas estatuas, esculpidas en alabastro, podemos admirar en el Monasterio de Poblet. Estas princesas, que viajan por las islas del mediterráneo hasta la lejana Chipre, que quizá han oído hablar del Angélico, y cuyos ajuares significaron un ejemplo de perfección, carecen de muebles.

Una de estas princesas, doña Constanza, del linaje de Pedro IV el Ceremonioso, pasará a la historia del menaje doméstico como la inventora del tenedor. Con anterioridad a doña Constanza, las princesas usaban

el trinchante para cortar el asado, pero estaban obligadas a usar sus dedos cuando tenían que llevarse los trozos de carne a la boca. Doña Constanza, refinadísima, no podía soportar que sus manos se manchasen de grasa y un día tuvo la idea de coger una de las horquillas de oro que sujetaban sus trenzas y ayudarse con ella para sujetar el trozo de carne que deseaba cortar. A partir de este día ya no se sirvió de los dedos, y en su ajuar llevó varias de estas horquillas, que habían de inspirar más tarde la creación del tenedor.

Frente a las cortes cristianas, las cortes árabes se resienten también de su clara reminiscencia nómada. Es cierto, que se encuentran asentadas en nuestro solar. Tienen palacios y construcciones admirables. Medina de Zahara, en Córdoba. La Alhambra de Granada. Los Alcázares y Alcazabas de Sevilla, Málaga y Jaén. Poseen agua corriente, surtidores y piscinas. Jardines y patios ordenados con sabiduría. Orientados para buscar la sombra y hacer más gratas las horas del día o de la noche. Conocen los baños de vapor. Tienen también harenes, con señoras guapísimas, porque el árabe de finales del xv, que representa ¡desde luego! la molicie y la decadencia, significa al mismo tiempo la civilización. Los propios reyes cristianos que le combaten copian o mimetizan sus costumbres y en más de una ocasión envían a sus hombres de confianza, enfermos de males desconocidos, a encontrar alivio en los manantiales que discurren por las montañas de Las Alpujarras.

Pero el árabe, que posee todo eso, carece de muebles. Alfombras, tapices y cojines aderezan sus estancias. A lo más, existe una pequeña mesa que sostiene el servicio del té o el aguamanil de oro, que ofrece a sus invitados para enjuagarse la punta de los dedos.

Muchas veces me he preguntado qué admiraba más en las dos grandes reinas cristianas de estos siglos—Doña María de Molina e Isabel de Castilla—si su talento político o su resistencia física para soportar toda suerte de incomodidades.

Tenemos que aguardar, pues, al asentamiento que trae consigo la reconquista para encontrar los primeros ejemplos de mueble español.

A finales del xv vemos ya los armarios y las alhacenas, muebles fijos por excelencia. Las alhacenas, como sabéis, están incluso empotradas en la pared. Encontramos también, el banco-arcón, es decir, el arcón simbólicamente quieto, que ha sufrido una profunda transformación, y ha pasado de ser un elemento de transporte de los siglos anteriores a un elemento de descanso. Es decir, un banco.

Vemos los taquillones, las mesas, las sillas, los sillones, los bufetes—especie de mesas de camilla—y los escritores, o contadores que ahora se llaman bargue-

ños porque los fabrican en el pueblo de Bargas, en la provincia de Toledo, y aparecen colocados sobre una mesa. Conservan, sí, las dos anillas, pero son anillas puramente simbólicas.

La mayoría de estos muebles, obra de la artesanía popular, son ejemplos de sobriedad y elegancia. Su talla, por lo general, es austera. Y los motivos principales los componen el cuarterón, las cruces y los hexágonos, estrellas y polígonos de la tracería mudéjar.

En este momento histórico, España tiene sus puertas abiertas a un Imperio. El batallar de sus reyes es más amplio, pero al mismo tiempo más sosegado. Son los monarcas de otros países o los embajadores que representan a los señores de otros países, los que se desplazan en sillas de mano por los helados caminos que conducen a El Escorial para tratar de negocios de Estado con Su Majestad Católica el Rey Felipe II, que les recibe sentado en un modesto sillón frailer, con su pierna podrida por la gota apoyada en una silla de tijeras.

El mueble español auténtico en toda su belleza y sobriedad podemos admirarlo en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial en las estancias que fueron del Rey Felipe. En el Museo de Artes Decorativas de Madrid que dirige la señora viuda de Ferrandis. En el Hospital de Tavera, de Toledo, fundación de la duquesa de Lerma, en cuyo aderezo tanto influyó el talento y la cultura de una mujer ya desaparecida, María Cardona. El Museo de Valencia de don Juan, y la Torre de Pinto, propiedad de la duquesa de Andría.

El mueble español hace bien en los palacios de techos altísimos, en las estancias de proporciones generosas, donde se da el equilibrio, entre arquitectura y mobiliario. Sin olvidar, que las casas de los siglos xvi y xvii no necesitaban ser palacios para tener proporciones de palacios. Por esta razón el mueble español armoniza en ellas y nos proporciona esa sensación de paz espiritual que provoca siempre la contemplación de la belleza.

Con la llegada de los Borbones, el mueble español sufre un oscurecimiento. Los reyes de la nueva dinastía aportan el mueble pintado de blanco, los rasos, las porcelanas y, finalmente, la caoba. El mueble español se refugia en pueblos y capitales de provincias, en los talleres de artesanos cultos, que seguirán reproduciendo los modelos tradicionales.

Y es, a finales del xix o a principios del xx cuando se produce “eso” que se conoce hoy con el nombre de Renacimiento español, y no es otra cosa que un monstruo. Desafortunado conjunto de todos los horrores.

Si yo confieso esta tarde que me parece difícil aco-
pliar el auténtico mueble español, el más bello ejem-

plar que pudiera encontrar el talento de un Pablo Oliveras, en las escasas proporciones de un piso moderno con salón-comedor, y una hipoteca de 150.000 pesetas, ¿qué no diré de la utilización del falso español o renacimiento? No se me ocurre otra cosa que pedir su liquidación. Y lo hago amparada en la legítima defensa. No en una explosión de sadismo.

Creo, honradamente, que me encuentro dentro de las circunstancias exigidas por el número 4 del artículo 8 del Código penal, que regula la Legítima Defensa perfecta. Estas condiciones son:

Primero: Agresión ilegítima.

Segundo: Necesidad racional del medio empleado para impedirla o repelerla.

Tercero: Falta de provocación suficiente por parte del que se defiende.

Está fuera de dudas, que el mueble español me viene agrediendo desde hace muchos años, sin perder una sola oportunidad. Abro la puerta de un despacho y allí está, monstruoso; lógico, con su guerrero, sus cariátides, su bichito, su grupo escultórico. Pinchando, azuzando. En una palabra, a-gre-dien-do. Me defiendo y rechazo la agresión y la rechazo con un medio racional. Pido que se suprima de nuestro mobiliario. Que se le olvide. Que se le dé de lado. Y lo hago siguiendo la norma seguida por la Naturaleza. La otra tarde nos hablaba Miguel Fisac de la evolución de las especies y de cómo los ejemplares monstruosos e inútiles desaparecían. Es lógico, por tanto, que ese monstruo llamado falso estilo español o falso renacimiento, desaparezca como desapareció el diplodocus. En cuanto al tercer requisito, "falta de provocación suficiente por parte del que se defiende",

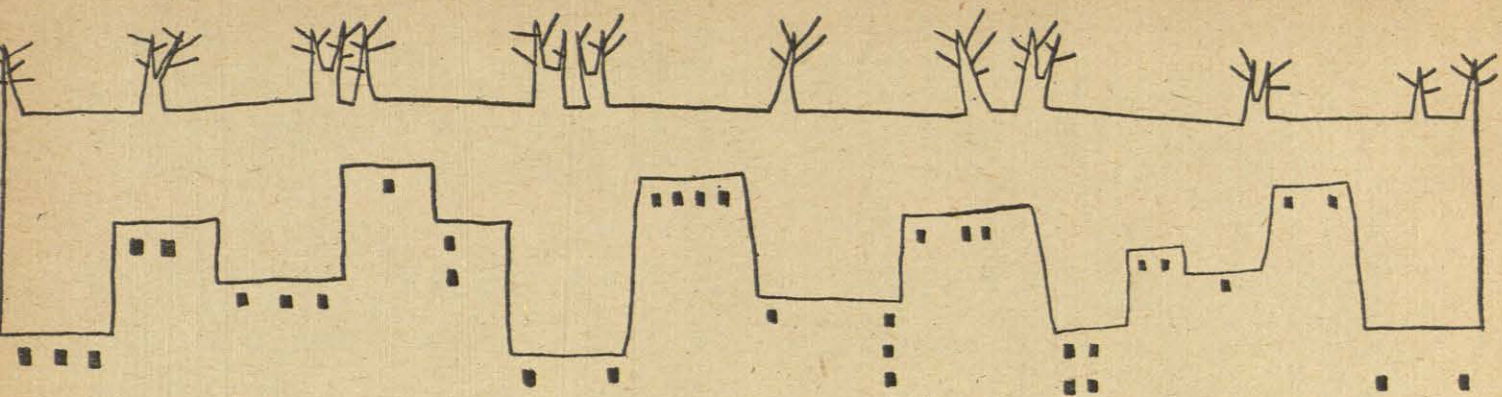
también se da en mi caso. Yo no he provocado al despacho español. Yo estaba tranquilamente en mi casa intentando reformar el Código civil en favor de la mujer. Puede que haya provocado a algún marido. Eso... no puedo negarlo. Pero en modo alguno al despacho español.

En cuanto a la posibilidad de un diálogo, supongo que nadie se atreverá a contradecirme después de lo que acabo de decir. Ahora bien: es posible que alguno de los que me escuchan tengan en su casa un falso español. ¡Valor, amigos! En ese caso, mi consejo es que lo friegue. Sí, que lo friegue con estropajo, sosa y jabón. Sale una madera de pino muy sana y eso lleva ganado. Después se busca un ebanista que cepille las tallas y se pasa un buen rato viendo cómo se borran las cariátides, el bichito y el guerrero. En seguida se le da cera y se da una vuelta por esta exposición para inspirarse. Porque debo hacer una advertencia. No es tan fácil desprenderse del espíritu del falso estilo español. Es un estilo que queda, que permanece, que imprime carácter.

No hace mucho tiempo visité a una "cuota primera", término fiscal que quiere decir que la "cuota primera" es un profesional que tiene muchos asuntos, y, por supuesto, una nutrida cuenta corriente. Esta "cuota primera" no tenía el despacho tipo a que me he referido esta tarde, y que yo conocía en su instalación anterior, más modesta. No estaba el despacho "tipo", pero estaba su espíritu. Por todas partes agredía la sombra del guerrero, Don Sancho y las cariátides.

Así, pues, atención, para no caer en otra cosa peor. Humildad, y preguntar a los que saben. El buen gusto puede adquirirse con cultura y civilización.





DE LAS CAVERNAS A LA FELICIDAD

Publicamos algunos párrafos de la conferencia que dió en los locales de EXCO el escritor Román Escohotado.

Acaso hoy, señoras y señores—señoras sobre todo—, a pesar del encanto y la gracia singulares de esta Exposición, y no obstante la gratisima temperatura de que se gozó en esta sala; acaso hoy, repito, no comprend is enteramente lo que acab is de ver. Languidecemos todos, estos días, en los brazos ardientes del verano, que nos hace soñar con esa boda, renovada anualmente, a costa de Dios sabe cuántos sacrificios, de la Naturaleza con nuestro pobre cuerpo enfermo de urbanismo, claustrofobia y gases de autobús. Tenemos las maletas preparadas para las alegres y bravias, libres, casi salvajes vacaciones del est o: luna de miel del hombre de estas épocas con las ninfas antiguas. Los julios y agostos de nuestros años ya casi dos mil, se parecen mucho a los de las cavernas. Eva y Adán viven, unas cuantas semanas, cuando llega el verano, casi como ayer—salvo que las señoras son en nuestro tiempo mucho más agradables—, a la orilla del mar o la montaña.

 Qu en piensa en los muebles, en el “equipo doméstico”, en el hogar—sea la cueva de ayer o el  tico de ahora—, con el calor que hace y el verano encima?... Pero, el tiempo, señoras y señores, no para. El tiempo es como un tren, como un barco, como un coche que pasa. Le vemos, siempre, que se va, que nos deja solos, que huye, lleno de banderolas de recuerdos...

Un buen día, una buena mañana, tras una noche de apariencia inocente, tan inofensiva como la de ayer, como la de hoy, llegar  el otoño, amigos míos. La ciudad despertar  con otro aspecto. Los guardias del tr fico, puesto que el Municipio debe ser previsor, lucir n sus aparatosos impermeables. Vestir n los soldados, que se anticipan siempre, como si el tiempo fuera también a oír, y obedecer, el cornetín de órdenes, los capotones del invierno. Los niños estrenar n azules o rosadas capotitas de lana. Se abrirán de pronto todas las escuelas. Los escaparates se llenarán de cobertores, abrigos, camisetas, alfombras, guantes, infiernillos, “trincheras”, zapatillas forradas y remedios para los catarros. Los pocos árboles que alegran nuestras vidas, supervivientes de las terribles podas, se quedarán sin ramas. En las esquinas de las calles, donde antes ol a a horchata y a limpiabotas y a verbena de barrio—“Madrid huele en agosto a caramelos”, decía Ramírez Angel—, se sentarán las casta eras, con su trozo de hule para los chaparrones sobre los hombros resignados. Habr  a la puerta de los “cines” largas filas de paraguas abiertos. Llegar  noviembre, y las tiendas de flores harán el buen negocio de todos los años, vendiendo toneladas de memorias amarillas. Los ventanales de los cafés parecerán acuarios bajo la fría enredadera de la lluvia. Algunos avisados comerciantes de géneros

alimenticios—como si anunciaran las benignas pagas extraordinarias—envolverán jamones, mazapanes, embutidos y botellas en el rico y alegre uniforme—papel rizado de colorines, vestidos leves de celofán o suntuosos ropajes de estaño, lazos de seda con los colores nacionales—de los días de gala de la Navidad... Y nosotros, señoras mías, desde detrás de los cristales del balcón huérfano de persiana, con el visillo alzado, miraremos caer el agua mansa y melancólica; veremos la ciudad brillar al otro lado de la lluvia, y nos pondremos a pensar en las acacias verdes de los perdidos mayos y junios. Aquellas acacias de otras primaveras y veranos, que florecían, milagrosamente, venenosas de amor y ganas de vivir... Será entonces cuando caeremos en la cuenta de que son..., no sé cómo decirlo... De que son otoñales nuestros muebles.

Yo diría que Exposiciones como ésta acabarán, gracias a Dios, con los otoños. Acaso deberían proclamarse, como se dictan otras disposiciones, "Bandos" de la Alcaldía-Presidencia contra los otoños. No digo que se prohíban los otoños de raíz, porque tal pretensión, probablemente, excede de las facultades que corresponden a los Municipios. Pero sí sería lógico limitar con prudencia el albedrío otoñal. La dañina libertad de que el otoño goza en nuestro país—aunque ahora un poco menos que antes—acabará proporcionándonos cualquier día un disgusto serio.

No hace mucho se dictó en Madrid una disposición contra los ruidos. Numerosos conciudadanos nuestros, y me parece bien, se muestran partidarios del silencio, del pacífico dormir y de la calma. Son gentes del todo respetables, que aman, al fin, un imposible, y cuyo añorante corazón vive de nostalgias. Bien está. Pero parece injusto que una ciudad como Madrid, estrepitosa, al fin y al cabo, por temperamento y por imperativos de la tradición, pueda verse privada de sus ruidos clásicos—molestos y agradables, dichosos e infelices a la vez, como casi todo en esta vida—y, en cambio, se le permitan al otoño, enfermo siempre de portazos, de mustias humedades, de chirridos de hojas amarillas, de reumas de acacia y de lastimoso sol con hepatitis, todos los caprichos. El otoño hace aquí cuanto se le antoja. Se adueña de plazas y jardines, de terrazas y balcones, y, lo que aún es peor, de nuestro corazón melodramático, en cuanto nos descuidamos un momento. Y, encima, como dije, vienen las capotitas de los niños y los melancólicos y cobardes chalecos de los grandes.

El otoño es idiota, señoras y señores. Jamás aprenderá semejante estación a sentir gallardía. Huele siempre a quebrantos y resignaciones, a naftalina, a fracaso, a habilitado de Clases Pasivas, a miedo, a cataplasmas, a conservadurismo, a cristianodemócrata.

A lo que huele nunca el otoño es al verdadero olor de España: aquel dichoso olor a primavera de los grandes siglos españoles, que el mundo no ha sabido todavía perdonarnos. En aquellos hispánicos tiempos olían igual, olían a abril y mayo, las cuatro estaciones. Todo tenía fragancia a aventura y milagro. Ahí están el Cid, y Roger de Lauria, y San Fernando, y las Cantigas a la Virgen María, y el Marqués de Santillana, y la Reina Isabel, y Gonzalo de Córdoba, y el Marqués de Cádiz, y el Emperador, y Don Juan de Austria... Ahí está, sobre todo, América. La descubrimos en octubre. Pero octubre es un mes primaveral desde las Antillas a la Patagonia. Era primavera en la América hispánica aquel 12 de octubre. Y acaso será siempre primavera en América.

Yo pediría a ustedes, señoras y señores, que se negaran decididamente a caer en los halagos, en la supuesta delicadeza y buena educación, en la elegante palidez y la sabia desgana, en el encanto un poco "chopiniano" y otro poco de "bolero" sentimental, de los otoños. ¡Cuidado con "eso", amigos míos! ¡Ojo con los bacilos otoñales! España no está ahí—tal vez porque la vida no lo está tampoco y aquí sólo nos sienta bien el vitalismo—. "Eso", el otoño, es la traidora enfermedad, que siempre anda al costado de lo saludable. "Eso" es la "gota" aquella de Felipe II, con la que comenzaba a andar en angarillas una realza que siempre había cabalgado.

¡Ojo con el otoño!... Una noche cualquiera, los tiestos no se riegan. Se retira de los balcones de donde huyó el verano el velamen sonriente y feliz que fué persianas, que fué toldos. Se suspira. Se nombra, en la última verbena, "miss Farmacia". Y, ya, estamos perdidos... Yo no digo que el otoño sea masón. Pero, por lo menos, es un buen gamberro.

Consuela comprobar que en nuestra España de hoy son los Ministerios los que dan la batalla al "otoñismo". Jaime de Foxá, en un hermoso artículo que esta mañana publicó *A B C*, recordando a su hermano, Agustín de Foxá, el gran poeta a quien perdimos hace hoy exactamente un año, insertaba una cita de aquel joven maestro inolvidable:

¿Saben los pálidos funcionarios, sobre la máquina de calcular, que están en un mundo de meteoros, de iris y polo, misterio y volcán?...

Es la pregunta natural, aunque sea una pregunta emocionante, de un alma romántica como la suya. Sin embargo, si Agustín viviera, me gustaría traerle aquí, para que contemplase todo cuanto habéis visto y lo cantara con su voz simpar. Porque esta "Exposición del Equipo Doméstico", yo creo que la primera que se celebra en nuestro país, con ser pequeña y tímida, como lo es siempre un primer paso, está llena de espíritu y de gracia. Y, aunque no quisiera

molestar a nadie, pero me parece que la han montado funcionarios públicos.

Esta Exposición, cuando la visité por vez primera, me trajo a la memoria un espectáculo de magia que presencié, hace tres o cuatro años, en una sala de Madrid. Fué un concurso—seguramente ustedes lo recuerdan también—de manipuladores de rostros femeninos, a quienes los periódicos, no sé bien por qué, llamaron “visagistas”, al estilo de la vecina Francia. Dios bendiga a aquellos “visagistas”—y cambie el feo nombre a su benigno oficio—. Tomaban, aquella dulce especie de poetas de la fisonomía de las damas, una muchachita como las demás, una chica cualquiera, aunque fuese de pueblo, de ésas sin pretensiones, y hacían de tal criatura, en un “verte y no verte”, en un “pase de manos”, una moderna y deliciosa reina de belleza, como recién salida de los hornos de Hollywood o de París. La exhibición de aquellos magos se celebró en el Monumental, un cine inmenso al borde de los barrios populares—un cine edificado, con cierto gigantismo, para tragarse a las zarzuelas del maestro Alonso y los sainetes de don Carlos Arniches—, y los malabaristas de las cabelleras, las dentaduras, las miradas, los vestidos, los ademanes y no sé si también los corazones de semejantes Evas, nos ofrecieron una consoladora y generosa ración de milagros. Manipulando, unos minutos, sobre una señorita—la “Cenicienta de Madrid” la llamaban—, una niña corriente, que, antes de entrar en los dominios de su mundo mágico, era pálida, tristilla, enlutada e insignificante, la convirtieron, mis queridos amigos, en un ser tan suntuoso como Sofía Loren. Más y mejor, para mi gusto, porque Sofía es demasiado tormentosa, ¿no es cierto?... La chiquilla aquella, la “Cenicienta de Madrid”, salió de tal prodigio en busca de su príncipe, y me figuro que ya se habrá casado felizmente. Resultaba—yo la vi de cerca—adorable e invencible. Llevaba consigo el mes de abril. La mentira compasiva y alegre de la primavera triunfaba en sus cabellos, sus mejillas, sus pestañas, sus ojos, entre sus frescos labios y en sus uñas. Comprendí, al mirarla, que la dichosa gracia del vivir humano no busca para las velas de sus naves otras brisas que ésas. Esas son las islas que el corazón sueña.

En todo esto he pensado cuando la fortuna me trajo a ver esas delicias, esos dibujos llenos de ingenio y poesía, esos mapas de hogares, que ya habéis visto, o vais a ver muy pronto, al otro lado de esas puertas. Jamás pude pensar que el “equipo doméstico” reuniera tal encanto. Yo llamaría “visagistas” de casas, “visagistas” de felicidades familiares, a los autores de semejante muestra.

Y he pensado, además, en la historia del hombre. El trabajoso, lento, heroico camino de la civilización,

no ha sido otro que éste, probablemente. En cuanto a la política, el arte militar, las digestiones, la filosofía o el amor, no sé si hemos progresado tanto. A Juanito y Pepita, cuando se apasionan mutuamente, les ocurre lo mismo que les acontecía en el lejano ayer. Platón y Aristóteles siguen siendo unos genios. Los soldados se matan en las guerras lo mismo que antaño, y en el futuro morirán, los pobres, más abundantemente. Se gobiernan los países con las mismas fórmulas que antes, o casi, casi, con las mismas fórmulas... Pero el hogar del hombre es muy distinto del de las cavernas.

Nadie iría de visita, creo yo, a casa de un barbudo caballero o de una dama despeinada de la Prehistoria. Las gentes de entonces no sabían comportarse. Vivían a la intemperie, como las ovejas, o en oscuras cuevas repugnates. Se vestían sin el menor gusto y, además, de un modo tan somero, que parecería indecoroso al más audaz de los modistos y la más generosa de las estrellas cinematográficas. Comían horriblemente, siempre con las dos manos, entre roncosp suspiros de placer. Y lo que comían era, según dicen los historiadores enterados, manjares horrendos: hipopótamos, elefantes lanudos, rinocerontes, marmotas, topos, puercoespines, murciélagos, orugas, grillos, escarabajos y arañas, cocinados sobre losas de piedra, naturalmente, poco limpias.

Sí. Ninguno de ustedes, señoras y señores, irían de vista a un hogar de aquellos. En cambio, hoy, da gusto conversar, salvo contadas excepciones, con nuestros semejantes, sobre todo los del sexo contrario. El “visiteo”, en casas instaladas con algo de buen gusto, resulta delicioso.

Señoras y señores. Yo no entiendo nada—como ustedes están comprobando—de “equipos domésticos”. Pero me pregunto: ¿Sería posible una visita así en los oscuros días del *paleolítico inferior* o hasta en el *superior*, cuando el probable hombre del *terciario*, y aun el del *cuaternario*, moraban en cavernas?...

Lo que acontece, creo yo, es que la humanidad avanza cada día, paso a paso, por caminos que llevan a la felicidad. Conocidos de todos son los adelantos asombrosos de la ciencia y la técnica. Pero más importantes son aún, seguramente, los progresos del mundo en el difícil arte de instalar el hogar. Es ahí, en las casas, el nido de los hombres y de las mujeres, la cuna de sus hijos, donde vive el corazón humano jornadas de esperanza y de derrota; donde alientan la dicha o la desdicha.

Vi, una vez, en no sé qué periódico, una fotogra-

fía que me hizo sonreír. Era la "foto" de la casa de madera que, en la copa de un árbol, se habían construido unos recién casados. Fué la mía una sonrisa bondadosa, claro es, pues bien la merecían quienes comenzaban esa larga y difícil aventura hacia el futuro, erizada de riesgos, que es siempre el matrimonio, soñando que eran pájaros. Aunque estuvieran locos, por supuesto, les deseé mucha suerte. Se me ocurrió pensar que aquella casa suya era un hogar provisional. Les serviría para la jornada, más o menos larga, pero siempre efímera, de la luna de miel. Pasado el dulce sarampión, tendría que desprenderse de las ramas aquel nido, como caen, en otoño, las hojas secas. Caen al suelo. Pero en el suelo continúan viviendo y dando vida. Pues lo de que las hojas secas están muertas, no pasa de una teatral lamentación romántica.

Me dirán ustedes, señoras y señores, que, en este mundo, de lo que se trata es de vivir aquí, en el suelo, sobre el polvo, y que, además, la vida está muy cara hoy y a nadie se le ocurre instalar en el aire, como las golondrinas, una cosa tan seria como es el domicilio. Reconozco que es cierto. Pero pienso, también, que no debemos renunciar, amigos míos, a levantar los ojos hacia otras latitudes, en tanto dura nuestra humana peripecia. Por estar mirando siempre hacia arriba, la tierra florece, cuando menos una vez cada año, y por vivir en pie, con la cabeza alzada, son cada vez más fuertes, más hermosos, los árboles. La fórmula ideal de los recién casados de la fotografía, loca pareja con la casa en las ramas, al estilo de los ruiseñores, sería construir su verdadero hogar al pie del árbol donde colgaron aquel nido, y

alzar los ojos, para mirar al sitio donde estuvo, siempre que les pareciera un poco escasa de alas la aventura de residir en la tierra.

Sí. Vivir es, probablemente, lo contrario de hacer el nido entre las ramas. Pero, abajo, en el suelo, entre el polvo o el barro, es todavía más útil y urgente contar con el amor y la sonrisa. Dar alegría y ternura al campamento familiar. Tapizar con cretonas de colores la trama gris de las diarias peripecias. Y construir, sobre todo, una especie de techo de cristales que nos defienda, pero que deje entrar la luz a nuestras vidas. Los españoles, creo yo, o hemos vivido a oscuras o hemos vivido a la intemperie.

Aquí tenéis, señoras y señores, una muestra gentil de lo que hoy se llama el "equipo doméstico". Es el equipo de las cosas que rodean y cobijan la intimidad del hombre, entre la cuna y el ataúd, desde los días lejanos de su arribada, no sé si involuntaria o imprudente, a este planeta extraño, que podríamos tornar mucho más dulce si no fuésemos tontos. El equipo con el que caminamos, hora a hora, paso a paso, sin saber comprenderlo, hacia la felicidad o la desdicha. Un equipo doméstico que resulta *domesticador*. Que ha ido domesticando, día a día, el corazón del hombre, desde las cavernas, a fuerza de espíritu, de poesía y de gracia. Mis queridos amigos: la biografía de la humanidad es la biografía de sus muebles.

Pidamos a Dios, para nosotros y para todo el mundo, casas de aire feliz, más ricas o más pobres—menos ricas que algunas y menos pobres que otras—. Casas que nos permitan olvidar los otoños. Casas que den alas a las primaveras que llevamos dentro.

